

HUASIPUNGO, por *Jorge Icaza*.—Quito. Imprenta Nacional.

Hemos de confesar que con la lectura de este libro, nos ponemos por primera vez en contacto con la literatura ecuatoriana. Los libros que en el Ecuador se publican, no se encuentran en las librerías chilenas, y apenas suele llegar uno que otro volumen que por alguna referencia personal envían los autores de allá a algún escritor chileno, a manera de saludo fraternal. Debemos pues, agradecer muy sinceramente este amable envío que nos hace Jorge Icaza, de su novela «Huasipungo» por medio de cuya lectura, tenemos la oportunidad de conocer aspectos interesantísimos de la vida rural en aquel país.

«Huasipungo» es la novela del indio ecuatoriano, y nos muestra con brochazos enérgicos una realidad tan terrible de como éste vive allí, que a veces hace pensar en que el autor exagera la nota, pues se hace difícil creer que en este siglo de civilización y de piedad humana, pueda el hombre arrastrar una vida tan abyecta y miserable, tan espantosamente primitiva.

¿Que es el huasipungo? A través de muchas páginas de la novela de Icaza no pudimos informarnos con claridad del significado de esta rara palabra. No obstante poco a poco lo hemos comprendido perfectamente. Huasipungo en el Ecuador es la vivienda campesina del indígena, a la cual rodea una pequeña extensión de tierra de cultivo, y donde crecen los escasos animales que le es posible poseer. Es lo que acá en Chile, se denomina «puebla» o «posesión» de inquilinos.

Pero si aquí en nuestro país la vivienda del campesino es deplorable y triste, desprovista de toda comodidad, la del indio ecuatoriano, que hace el grueso de la masa trabajadora en el campo de aquel país, es una cueva de alimañas, tal vez, según nos la pinta Icaza más abyecta que el cubil donde se revuelca una fiera. El terrateniente, no se preocupa de eso. El indio allí,

es menos que una vaca o un caballo. Se le considera también una bestia, pero menos valiosa que las citadas. Arrastra una existencia que no se diferencia en nada con la de un animal. No existe piedad para considerar sus dolores, sus necesidades. Allí el indio vive en plena época de la encomienda. El látigo cae diario con ferocidad inexorable para dominar el más mínimo asomo de rebeldía, o el menor desmayo cuando ya no puede trabajar, rendido por el hambre o por una enfermedad. En tales casos, sólo la extorsión y el látigo, la cruel caricia del «amitu» es su única esperanza. Y en las noches cuando llega al huasipungo, a tirarse para descansar de su mortal fatiga, lo recibe la mujer y el hijo que gimen de necesidad, entre la mugre y los piojos.

En esta novela palpita con la fuerza de un torrente desencadenado, toda la rebeldía que el autor siente en presencia de aquella existencia trágica. Es una pintura trágica también, hecha con sangre, con dolor palpitante y empapada en el gemido sordo de una raza vencida y expoliada que no tiene siquiera fuerzas, ni inteligencia para comprender que puede tener derecho a una condición superior a la que arrastra.

El terrateniente, el jefe político y el cura, aparecen aquí, como una especie de demonios que se embriagan en la sangre y en el dolor humano. El indio no tiene ni siquiera la posibilidad de probar la alimentación destinada al hombre blanco, o al mestizo que ejerce siempre como capataz y es su verdugo más cruel. Se le da, eso sí, mucho alcohol, (guarapo) que le infunde una energía ficticia y le permite de esta manera entregar el máximo de su esfuerzo en provecho del amo insaciable.

Esta novela, es la pintura más tétrica y feroz de una de las más penosas realidades de nuestra América. La explotación del hombre por el hombre, alcanza proporciones tan inauditas, tan espantosas dentro de este relato, que el lector se siente traspasado de congoja y de indignación, porque el libro convence sin esfuerzo. No se advierte en él, intención parcial del

autor, al narrar la miserable existencia que arrastra ese infeliz ejemplar humano, que es el indio ecuatoriano.—LUIS DURAND,



LOS SANGURIMAS. Novela Montuvia ecuatoriana (1). por José de la Cuadra

La novela ecuatoriana pasa por un período de esplendor. Se ha desarrollado sin precedentes notables en el siglo pasado y con escasos indicios precursores en los comienzos del actual. Los nuevos escritores se dividen en dos o tres grupos. Entre ellos sobresale el del Guayas que abarca una zona considerable cuyo foco es Guayaquil, ciudad hasta ayer liberal y en la actualidad centro de inquietudes revolucionarias.

La novela del Guayas tiene dos o tres características intensas: preocupación social, estilo simple y directo, técnica novísima de grandes planos. En su primer aspecto es originalísima y entrega a la atención de los americanos todos los problemas profundos de la nacionalidad ecuatoriana: la explotación del campesino, la miseria ciudadana, la brutalidad de los gamonales, la rapacidad del clero y la ignorancia general de las masas.

Estos temas se repiten y alternan con dramatismo fecundo en los cuentos de Enrique Gil Gilbert, en las novelas de Aguilera Malta y de Pareja Diez Canseco y en los poderosos relatos de José de la Cuadra. En la sierra también existen idénticos escritores que afirman su garra crítica en parecidos tópicos que en la actual novelística americana se reproducen en México en las obras de José Mancisidor y de Francisco Sarquís, en Colombia, en los cuentos de Antonio García, y en Chile en algunos casos aislados como Sepúlveda Leyton, Jacobo Danke y Laurencio Gallardo.

---

(1) Editorial Cenit, Madrid.—1934.

